

Martinico Ventosa

DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 16 rs. id.

Números sueltos un real y medio.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.

**Martinico Ventosa**

DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

Don Cachipundio.

—¡Amigo! ¡Amigo! Qué tono nos damos: si parece usted un globo aereostático segun lo hinchado que viene.

—Para todo hay; que, aunque muy caros, y en mas de lo que valen, acabo de comprar dos puros.

—No le conocia á usted ese vicio ó sea, si usted quiere, necesidad.

—Diré á usted: en cuanto á la necesidad de comprarlos no era mucha; pero ya sabe usted; las malas compañías.....

—¿Y qué clase de tabaco es?

—Filipino, amigo mio, filipino.

—No me gusta; es muy desigual y escalda la boca.

—Los puros filipinos siguen mal, y es necesario chupar mucho para que ardan.

—Pues vea usted; á mí me habian dicho que ardian como en un candil.

—Paparruchas; en esa opinion, se ha estado por mucho tiempo, que siempre ha de haber inocentes. Créame usted, es mejor el tabaco habano.

—¿De veras?

—Sí: es mas dulce.

—Hablemos de otra cosa. ¿Sabe usted que están de moda las rosas?

—Supongo que serán las artificiales...

—No, señor; rosas de rios.

—Ya están frescas. Es muy inseguro y peligroso el ir á buscarlas porque pinchan.

—Sí; pero chupándose el dedo...

—Diré á usted; de que las rosas se defiendan, los oposicionistas á la floricultura se chupan el dedo; pero esto dá poco juego.

—Amigo mio, es usted muy ladino y tiene muchas escamas.

—En cuanto á conchas, querrá usted decir, convengo en que tengo algunas; lo que es escamas, créame usted, hoy todo el mundo anda escamado.

—¿Y saca usted partido de esas conchitas?

—Si he de decir á usted la verdad, no se qué uso haré con ellas.

—Pues si usted quiere utilizarlas; no hay como enviarlas á los franceses, que se pintan solos para hacer flores de mariscos.

—¡Vaya una embajada! ¿Cree usted que no he pensado en hacerlo? Allí se aprecia mucho el mérito.

—No son de esa opinion en Reus.

—Deje usted que digan lo que quieran. Si no fuera por las mujeres, que están emprimadas...

—¿Qué haria usted?

—Lo que me aconsejó Mon... Mon...

¡Diablo de nombre! *Monsieur Tourniquet*.

—Y qué le aconsejó á usted?

—Que le jugára una partida de serrano.

—Pero usted...

—Yo soy muy caballero.

—Es verdad; siempre fué su fuerte la caballeria. Pero á todo esto, observo que anda usted bastante desabrigado. ¿Por qué no compra usted un pelucon?

—¿Y para qué? Las pelucas están hoy á la luna de Valencia.

—Así nos vamos quedando todos.

—Segun me han dicho, estos dias ha estado usted muy ocupado.

—Exigencias de la sociedad. Se empeñaron en que habiamos de buscar buenos amigos; y, ya sabe usted, las elecciones son dificiles: y como en este mundo es preciso que nos ayudemos á llevar la cruz....

—Le voy á dar á usted un consejo. Para que le ayuden á llevar su cruz, reparta usted muchas cruces; y de este modo entre tantos.....

—¡Ay, don Cachipundio! ¡Quién no tiene ya la suya! Veo que es usted muy cándido.

—Dispense usted: ese caballero está dado de baja hace mucho tiempo.

—¿De quién habla usted?

—Toma; de don Cándido.

—¿Ya principiamos á disparatar? Si yo hago uso de esa voz como adjetivo.

—Dispense usted: es que estoy pensando en mi *obertura*.

—Qué; ¿ha escrito usted alguna ópera?

—Sí; se llama *Los fueros de la union*.

—Cuidado no la silben.....

—No hay cuidado: cuento con los amigos, y tengo mayoría entre los espectadores.

—Pero si la silban los otros...

—Mejor: cuanto mas reñido el combate mayor mérito en la victoria.

—Es que usted debe recordar aquel dicho de no sé quien—«Con otra victoria como esta somos perdidos.»

—No; somos ganados, y yo me entiendo.

—Adelante y siga el bombo.

—Hasta otro día.

—Voy á leer á Maquiavelo.



Un episodio de la vida.

Juan amaba, con esa pasión que solo se experimenta en los primeros años, á la hermosa Clotilde, de la cual se juzgaba correspondido.

Toda la felicidad estaba reasumida en una de las angelicales miradas de Clotilde, y estas miradas llegaban al límite de lo increíble en sus efectos, si las prodigaba en esas hermosas noches de luna del estío. Noches que todos recuerdan con placer, por mas que alguna vez la terminacion del recuerdo vaya acompañada de otro de amargura.

«*Te amo*:» estas palabras, que pueden ser espresadas por tantas otras, eran para Juan el colmo de su dicha cuando los lábios de Clotilde las pronunciaban con encanto, aquel misterio que solo una mujer hermosa y coqueta á la vez presta á las palabras: ¡oh sí! Hermosa y coqueta, porque la jóven tímida y bondadosa, ni estudia el efecto ni la sonoridad de la palabra; por que habla con el corazón; y el lenguaje del corazón es el mas encantador de todos los idiomas.

El tiempo era breve para Juan y tambien para Clotilde algunas veces; pero otras hubiera querido un amor menos constante, no tan asídúo; porque Juan era tan avaro del tiempo que no quería estar un solo instante lejos de Clotilde.

Alguna de vosotras dirá «¡Qué hombre tan apasionado y tan bueno! Seria un gran marido.» Pero á otras

les parecerá el buen Juan un sobon de *primo cartello*, digno de una buena lección.

No fué floja la que Clotilde se encargó de darle.

Hay un Dios para los amantes, que vela en sus descuidos, que los narcotiza, hasta el punto de que se aislen en medio de un salon cuajado de gente y que les ciega de manera que no distinguen las burlas de que son objeto.

A Juan le sucedian estas desgracias. Estaba enamorado en toda la estension que alcanza esta palabra; y nos ahorramos el añadir otra.

Clotilde, ¡oh! Clotilde era otra cosa. Pensaba en casarse; y el que piensa en algo no ama. Este es un principio algo absoluto; pero aceptable en el sentido que hablamos del amor.

Juan queria tambien casarse; pero, empleado con 6000 rs. de sueldo, comprendia que con esto no tenia Clotilde para cintas.

Cuando los papás creyeron que los jóvenes habian ya babeado bastante, (término técnico) echaron el *quien vive* al pobre Juan. Este, que ni un cuarto poseía, quedó estático; pero no tanto que la lengua no le permitiera soltar un estúpido *sí*. Quedó comprometido.

Desde este día fatal, el sueño huyó de sus párpados; pidió recursos á su familia, los que fueron concedidos por unos; pero en tan exigua cantidad que no alcanzaba á cubrir el presupuesto del enlace; los otros no dieron un real y fueron los destinados por Juan para su *vendetta* el día de las compensaciones.

Juan suspiraba; pero no encontró mas dinero. Buscó recomendaciones y puso en juego las que otras veces le habian servido para alcanzar un ascenso que mejorase su posicion; pero el ministro estaba sordo.

Si Juan hubiera tenido, como el Armando de Soulié, una campanilla hereditaria para llamar al diablo, lo hubiera hecho; pero Juan no tenia otra campanilla que tocar que los quinientos rs. el 30 de cada mes, y concluyó por desesperarse.

De la desesperacion á la locura no hay mas que un paso. Juan llegó á este extremo; y reuniendo cuanto dinero le mandaron sus parientes marchó á una casa de juego.

«Ó soy rico, ó me vuelvo á quedar sin un cuarto:» se dijo el buen Juan.

«En este caso, continuó, me pego un tiro antes que faltar á mi palabra, á parecer ridículo á los ojos de mi amante Clotilde y hasta á tener que presenciar su casamiento con otro; por que sus feroces padres serian capaces de casarla en seguida con el primero que llegase, para que no perdiera tiempo, como dicen ahora.»

Aquella noche Juan estaba en la tertulia convulso y agitado; su distraccion le hizo cometer mil torpezas; y su adorado tormento—jamás fué palabra alguna tan bien aplicada—llegó á ponerle un hocico de media vara; pues, como le dijo con sin igual desenfado, ningun día, desde que le trataba, le habia visto tan tonto.

Un primo, recién llegado, pesaba tambien sobre la

imaginacion de Juan, como otra espada de Dámocles; y como los primos son el coco de los amantes noveles, el infeliz Juan temblaba como la hoja en el árbol mecida por el vendabal.

El corazon dicen que no engaña; el de Juan era leal y no sin fundamento desconfiaba del primito. Por eso sus angustias crecian; por eso á todo trance anhelaba poseer á Clotilde; por eso tambien desaparecieron todas sus vacilaciones, y á la salida de la casa de ésta, partió ligero como una flecha á poner su dinero entre un as y una sota.

Despues de distintas alternativas perdió cuanto llevaba, y lleno de rabia y desesperacion entró en su cuarto dispuesto á tomar un partido decisivo. Era el mas sencillo, quitarse de enmedio.

Al dia siguiente fué á la oficina con la puntualidad de siempre; allí arregló sus papeles, y se despidió mentalmente de su mesa, de su pupitre, de sus amigos y compañeros.

Por la noche, en casa de Clotilde, todos notaron su distraccion, palidez é incoherencia en sus palabras; el infeliz se despedia por última vez de aquellos sitios tan queridos, de aquella mujer tan locamente idolatrada.

Al marcharse le dijo Clotilde: «Que usted se alivie.» Juan no notó la frialdad con que fueron pronunciadas estas palabras.

Si hubiera tenido una persona que le aconsejara, un amigo que, doliéndose de sus penas, le consolara, la causa no era para querer morir; pero su imaginacion ardiente le aumentaba los obstáculos; su escesivo amor le ofuscaba; y sus veinticuatro años le hacian ver el mundo por otro prisma diferente del que miramos á los cuarenta.

Solo en su cuarto, y despues de muchas horas de cavilacion y tormento, montó una pistola y se disponia á apuntarla contra su sien, cuando el ruido de una campanilla le sacó de su delirio; dejó la pistola, pues la campanilla que sonaba era la de su puerta, y abrió.

Era el criado de Clotilde que traia una carta.

Juan la abrió con emocion y leyó:

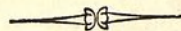
«Las inconveniencias que usted cometió anoche y el largo silencio que guarda desde la última vez que conferenció con papá, me demuestran que usted no quiere mas que entretenerme; y yo, como mamá dice, no volveré á tener quince años; por lo que, con mucho sentimiento mio, rompo desde ahora nuestras relaciones = Clotilde.»

Juan quedó petrificado; esta carta, histórica, pero tan clara, le hizo comprender que habia sido juguete de un alucinamiento, y sus primeras palabras fueron «Y yo que iba á matarme por ella»

Sin embargo lloró, porque era un niño.

Clotilde al mes se habia casado; Juan sigue soltero; el golpe era demasiado fuerte, y la herida tan profunda que siempre dejará señal de su paso en su sencillo corazon. Hoy, que ya conoce mas el mundo y que la sociedad le ha abierto los ojos, se asombra de su ne-

cedad pasada; pero huye del fuego, ó sea de la mujer; pues tiene siempre presente el refran tan sabido aunque demasiado prosaico de que *el gato escaldado del agua fria huye*.



La panza y el gaban.

Érase un jóven, pobre y hambriento. No tenia un real en el bolsillo ni un lugar ocupado en el estómago. Su traje era, sino elegante, al menos decente.

Sus relaciones muchas, su posicion bastante buena.

En sociedad se le tenia por un jóven de talento y sarcasmo cruel! por un muchacho rico.

Una de esas majaderías propias de la sociedad: da en llamar pobre á un ciudadano, y no hay quien le haga pasar por rico; da en llamar rico á un pobreton, y el infeliz se ve obsequiado, mimado, requerido, y no puede negar que tiene una gran fortuna, sopena de pasar por un avaro miserable.

El jóven de quien hablo, que por mas señas se llamaba José, (nombre muy general, que me libre de alusiones personales) llegó un dia á no tener mas que seis cuartos en el bolsillo.

Ya he dicho que no tiene un real: está probado.

Habia gastado todo su patrimonio en fruslerías.

Llegó el momento fatal en que el hombre, que nada perdona, dijo á José «la bolsa ó la vida»: y José contestó con uno de esos bostezos que no indican sueño y que se repiten sesenta veces por hora.

Pasó las seis primeras del dia pensando en su posicion y en sus amigos.

Pensar en los amigos cuando no se tiene dinero, es en nuestros dias lo mismo que pensar en las abutardas.

Sin embargo, pidió.

Sin embargo, no le dieron.

«Esto es hecho, dijo nuestro héroe; tengo hambre y seis cuartos; son las tres de la tarde. . . ¡al figon!

Estas dos palabras, tales como salieron de la boca de José, tenian el mismo valor que las «¡Granada!» de los reyes católicos. «¡Al África!» de nuestras tropas el año pasado.

José se dirigió á una de esas casas donde se come seda.

O lo que es lo mismo, á uno de esos cuchitriles sobre cuya puerta campea un letrero con estas palabras:

SEDA DE COMER.

Fué á entrar y se detuvo. Dirigió la vista á todos lados: temió que alguno de sus amigos le viera entrar á cometer aquel doble crimen de gastronomía y buen tono!

Pero ¿qué no puede una canina de dos dias?

José sentó la planta en el umbral del figon.

Entonces oyó dos voces.

La una decia ¡detente!

Y la otra: ¡vamos!

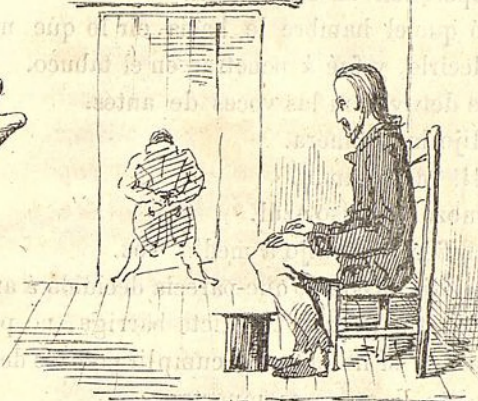


¿Con que un moro? Bien, por Dios.
Si examinas con cuidado,
aunque uno está bautizado,
¿quién mas moro es de los dos?



Solo de Violon.

MINISTERIO.



Compases de espera.



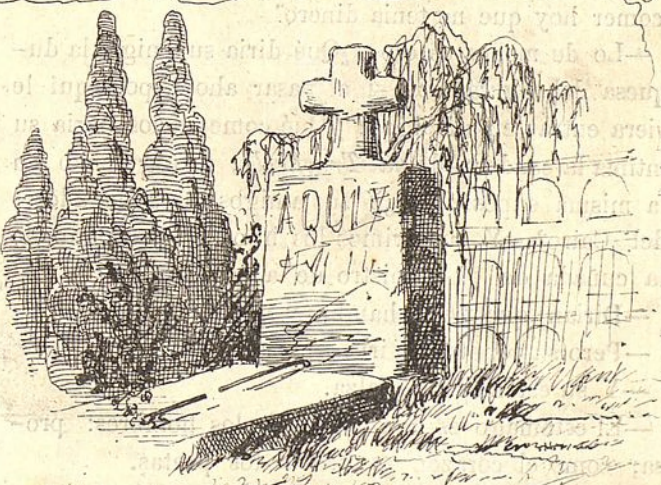
Acompañamiento de Violon.



Violon con acompañamiento.



DESAFINACION?



AQUI NADIE LO TOCA.
Se rompió el arco.

Nuestro héroe se quedó atónito; el caso no era para menos.

Nadie había á su lado; nadie pasaba por la calle.

¿De quiénes eran aquellas dos incógnitas voces que en abierta oposicion se espresaban?

José creyó que el hambre le hacia oír lo que nadie podia decirle, y fué á penetrar en el tabuco.

Otra vez le detuvieron las voces de antes.

¡Vamos! dijo la primera.

¡¡Detente!!! la segunda.

El pobre mozo se puso azul.

—¿Qué significa esto? dijo á media voz.

—Significa, dijo la idem, que parecia decidida á anímarle, que yo, tu panza, tu adicta barriga, no puedo resistir mas, y si no entras á cumplir con los deberes que á mi te ligan, eres muerto.

—Significa, exclamó entonces la voz segunda, que yo, tu gaban, tu flamante gaban, no toleraré jamás, que penetres en un sitio tan inmundo y hediondo; atrás, imbecil; atrás en nombre del mundo!

—Ah, dijo entonces José no menos asombrado que antes, es decir que sois vosotros, *touts deux* quienes conculis con mi individuo pretendiendo sitiarme por hambre? Esplicaos, pues, discutid, discutamos.

—Eso es, discutamos, dijo el gaban, que ya de ira se habia puesto pálido, cuando José se recostó en una pared recién blanqueda.

—No estoy para discusiones; repuso la panza; tengo hambre.

—¡Hambre, hambre! prosa todo, señora mia. ¿Qué significa el hambre para un jóven elegante?

—¿Cómo es eso, señor farsante? Yo soy la única responsable de las acciones de este jóven.

—Usted no es mas que la sociedad entera.

—Soy mucho mas, muchísimo; esa sociedad, por la cual *mi principal* hace tanta tontería, ¿le ha dado de comer hoy que no tenia dinero?

—Lo de menos es eso. ¿Qué diria su amiga, la duquesa del *Sarcófago*, si al pasar ahora por aquí le viera entrar en un figon? ¿Qué comentarios haria su íntima la condesa de la *Truchuela*, prosiguiendo en la misma suposicion? ¿Y sus amigos los embajadores del Cairo? ¿Y sus primos los hijos del hermano de la cuñada del ex-ministro de la Gobernacion?

—Dirian que tiene hambre y que va á comer.

—Pero su reputacion iria en baja.

—Y su estómago en alza.

—El estómago es una ficcion de los hombres: prosa; como el corazon es otra de los poetas.

—Entonces. . . probemos: Que José no coma hoy, y usted verá si mañana vive.

—Aunque así sucediera moriria con honra.

—La honra no consiste en el gaban.

—Si tal: vea usted si no mil y mil criaturas infames, que con media onza de lebita y dos napoleones de camisa, se hacen reverenciar de todo el mundo!

—El mundo es un farsante; un gaban como usted, que sirve para cubrir pillos.

—Usted ha llamado pillo á mi contenido.

—Lo es, en el mero hecho de oírle á usted.

—Pues bien, que entre; allí viene el vizconde del *Trampolin*, que va á verle penetrar en este tabuco. Mañana se dirá en los altos círculos, que este desgraciado jóven come en los figones; lo cual equivaldrá á decir que está tronado: sus antiguos amigos huirán de él; las niñas no le mirarán con esa dulzura con que hoy le miran; será despedido de cuantas casas ha frecuentado hasta hoy; en una palabra, se hundirá.

—Pues de hundirse, que sea del todo; esto es, con peso en el estómago, y así llegará mas pronto al fondo. Señor gaban; la sociedad necia y estúpida á quien usted representa es una cantárida que se pone al pobre, y una flor cuyo aroma asfixia al rico.

Veamos, que debe hacer José, que tiene hambre y poco, poquísimo dinero?

—Ir á comer á casa de los amigos.

—Usted, que no le abandona nunca, debe saber que ese sistema lo ha practicado ya hasta el abuso.

—Entonces que vaya á las fondas, donde le conocen por lo que hasta la fecha ha derróchado en ellas, y allí coma.

—¿Y con qué paga?

—Que no pague.

—¿Es decir que sea tramposo?

—Esa palabra es muy rancia; ya no hay tramposos. El crédito se ha puesto en moda como las fotografías, la barba, ó las píldoras de Holloway:

—¡Jesus, que sarta de horrores!

Entra, Pepe, entra y come seis cuartos de callos con muchas patatas.

—No entre usted, señor don José; compre usted un habano y váyase á fumarlo donde haya mucha gente, cuidando de limpiarse los dientes con un palito *ad hoc*; como aquel que va diciendo «acabo de comer.»

—Pepito, huye del *puf*; mira que tu vida está en un tris.

—¿Y será usted capaz de entrar, señor mio?

—Pepe, estás pálido y apenas puedes tenerte en pié.

—Señor don José, el mundo....

—¡Pepico, la panza sobre todo!

—¡Desde aquellos salones cuarenta sociedades te contemplan.

—Dáme pan y dime tonto.

—¡La reputacion sobre todo!

—¡¡Vas á morir, miserable!!

.

José vió cruzar ante sus ojos una llamarada azul, y tuvo que apoyarse contra una puerta para no caer.

Arrastrándose llegó hasta la mitad del bodegon y pidió de comer, arrojando sus seis cuartos sobre la mesa.

Al poco rato tornóle el color, pareció reanimarse y salió á la calle satisfecho.

Si hubiera hecho caso de su gaban, hubiera contraído una deuda y con ella un enemigo, ó hubiera muerto de hambre en un portal.

Los consejos de su barriga le aseguraron un día mas de vida para poder buscar los medios de subsistir.

Pepe era honrado, apesar de haber sido antes derrochador.

En cuanto á la discusion entre su panza y su gaban... harta filosofía encierra; saque el lector la moral que quiera: hartos puñados de ella pudieran echarse á la cara de infinitos miserables, esclavos de la sociedad.... y del vicio.

—

Robos y trancazos.

Esto ya es inaguantable,

no se puede tolerar,

aquí se roba á destajo

y es caso fenomenal

que en cuanto Dios anochece

y llega la oscuridad,

al pobre que se descuida

me lo dejan sin un real.

Este asunto de los robos

¡bueno! pudiera pasar;

al fin y al cabo y al postre

robando no se hace mal.

¿Mas, qué me cuentan ustedes

de eso que dan en contar

de esos cuentos, que á la cuenta

se cuentan como verdad?

A un ciudadano pacífico

honrado á carta cabal,

lo atrapan en una plaza

que no se debe nombrar,

y le dan lo que á ninguno

con cariño se le da.

A un escribiente modesto,

que despues de trabajar

de las doce horas de luz,

doce y media nada mas

se marchaba silencioso

á la casa paternal

le hacen entre cuero y carne

un concilio, que... ¡ya, ya!

La cosa se merecia

mucha menos crueldad.

A mí, para hablar con hechos

que se pudieran probar,

me han querido hacer añicos

la columna vertebral.

Me abollaron la gavina,

me rompieron el gaban,

me quitaron los botines;

y aun me hicieron otro mal;

y porque les dije ¡cá fres!

me pretendieron robar.

¡Chasco, caballeros, chasco!

Robarme á mí, ¡pues ya va!

Tres... *cuadernitas* saboyanas

eran todo mi caudal,

y al ofrecerlas dijeron

«¿Pobre diablo, como está!

tome hermano, tome y vaya

mucho con Dios, á cenar;

que aunque cacos y aunque cucos,

nos dolemos de su mal.»

Con esto y un Napoleon

que quiso al punto esclamar

de ti depende y... etcétera,

me despacharon de allá.

Sépanlo cuantos juraban

que se trata de robar;

no solo no me han robado

sino que me han dado, á mas.

Esto es saber entenderlo,

lo demás es divagar.

Desde mañana me salgo

al punto que el sol su faz

nos niegue, y hago mi agosto

con cuantos logre encontrar.

No hay nada como ser pobre.

¡Si es una felicidad!

—

Maximas.

Cada pedazo de mármol encierra una bella estatua; pero la dificultad está en sacarla.

Se confía el secreto en el seno de la amistad; pero se escapa siempre en el seno del amor.

Sucede con el amor verdadero lo que con la aparición de los muertos; todos hablan de él; pero nadie le ha visto.

—

TEATRO.

Escena-terceto.

—Bu...bu...enos di...i...ias, se...se...ñor Martin... tin...tin...ico

—Adios, insigne revistero, sinpar espectador del cuarto piso, hijo de mi alma. Habla, habla sin temores del teatro; aquí estoy yo para responder de todo.

—Ya, pa...para responder de todo; y que luego le rompan á usted una pa...ta...ta

—¿Una patata?

—Una pa...pata.

—¿Como es eso? ¿Una pata á mí que tengo dos pies?

—Pues... segun voz y fa...fa...ma hay algun indi-

viduo de telon adentro que di...dijo no ha muchos dias que era preci...ci...soo! romperle á usted una pa...ti...ta.

—¡Diávolo! Eso es ya mas grave. ¿Qué debo hacer?

—Váyase usted á Caste...llo...te, que es un pueblecito reti...ti...rado y allí... no...

(Ahora toma la palabra el tercer personaje de la escena.)

—No ceñod, no ceñod; la coza ez rompedle una pata al que quiede domped la pata al ceñod...

—¡Eh! Basta; á fé de *Duende* que no os quiero entender, porque si os entendiera, sin darme por entendido haria como que no entendia y el de la pata entenderia lo que debe entender.

—Pues no nos entendemos.

—Pues así va mejor; adelante. ¿Que tal la ópera, Lengua-seca?

—¡Ay seññ...or de mi al...alma! Allí hubo mu...mu...mu...

—¿Oyes, chicho? Eso parece un mugido.

—¿Mu...mu...gido? Tambien hubo algo de eso; pe...pero quiero decir que hubo mu...mu...cho belen.

—Espílicate, hombre, espílicate.

—Ya sa...sa...be usted que Lucrecia la de Borja...

—Borgia, torpe.

—Pues eso... Lucrecia Borgia torpe... era una señora gorda.

—Eso de gorda... la historia...

—Pu...pu...es allí gorda salió.

—Ezo conziztió en la conziztiduda.

—Bueno... pu...pu...es echamos á cantar entre la de Borja y el tenedor.

—¡El tenor!

—Y el tenor, y el bajo, y una por...por...cion de par...par...ti...quinos. Al principio todo iba bueno; pero lle...gó un momento en que pusieron la mesa... y se... em...emborracharon... y ¡adíos! acabaron por mo...morirse todos, sin duda... para no oir lo que por...por... abajo se decia.

—¿Y qué se decia por abajo?

—U...nos de...de...cian es...to vá muy peor. Otros, esclamaban..., como no ha sa...lido el bari...tono... y otros decíamos nada mas ¡ay! ¡ay! ¡ay!

El bajo corria como un loco; y á las veces se echaba encima del apun...pun...pun...tador, abriendo una bo...boca espan...pan...pan...

—¿Tambien hubo pan?

—No señor, que habia maderá, segun dijo un par...ti...ti...ti...quinoquino.

—En suma, que la ópera....

—La ópera zacabó y naa mas.

—Pues pasemos á otra cosa.

—Yo le didé á uzted, á todo señod mio, lo que hay despecto á *Lo positivo*, que es una comedia de aquellas de una en libda.

—Espícamela pues *sotto voce* y luego daré yo cuenta en lengua clara sin trepíezos ni enredos de campanilla.

(El nuevo Manodito y el *Duende* hablan aparte, co-

mo en las comedias: después *Martinico* escribe lo que sigue.)

Lo positivo, señores, es un precioso arreglo de una comedia francesa; arreglo, que, puede pasar por obra original, atendidas las reformas hechas y el acertado tinte español puro que el incógnito autor ha sabido darle.

Abunda en bellísimos detalles, tiene cada vez mas interés y concluye de un modo satisfactorio, así para el público inteligente como para el vulgo. Hay tanta verdad en los caracteres de las cuatro figuras que sostienen aquellos animados diálogos, se deja ver tal conocimiento del teatro por parte del autor, que no dudamos en calificar la susodicha comedia de una verdadera joya literaria. Su lenguaje correcto y elegante, sus chistes de buena ley, que nunca suben de tono, sus pinceladas típicas inimitables, hacen tal efecto en el ánimo del espectador que este concluye por aplaudir espontáneamente maravillado ante tan acabado conjunto.

En cuanto á la intencion moral de la obra, no puede ser mayor ni mas atinadamente tratada. Recomendamos eficazmente á todas las clases la asistencia al teatro las noches en que se ejecute *Lo positivo*, convencidos como estamos de que no podrán menos de apreciar en lo que vale tan discreta leccion, que redunda por su índole en beneficio de su época.

Pasemos á la ejecucion; pero es de advertir que cedo la palabra á mi querido amigo.***

Está visto que he de darte gusto y he de decir algo que se parezca á una opinion, aunque solo sea la mia, respecto de la ejecucion de la comedia *Lo positivo*. Yo diré en primer lugar, que siento verme en la precision de hacerlo así; porque como los actores no han de apreciar un consejo, si se les doy, y por otra parte como no soy *Papa* y por consiguiente dispensador de indulgencias, ni tampoco *sacristan* y por ende no manejo el incensario, claro está que si me atrevo á la buena opinion que alguno pudiera tener de sí mismo, habríame procurado un enemigo á poca costa. Todo lo que llevo dicho, á guisa de *intróito*, no creas que sirve de obertura á una terrible filípica: nada de eso. Hoy los actores están de enhorabuena, y no quiero aguarles el gusto. La comedia estaba perfectamente estudiada, y cuantos tomaron parte en su ejecucion hicieron lo posible para su completo éxito.

La señora Duclós y los señores Guerra, Parreño y Aguirre, cumplieron como buenos; gustaron al numeroso auditorio que llenaba el coliseo, y merecieron y obtuvieron la distincion de ser llamados al palco escénico al terminar la comedia. Les damos por ello nuestro cordial parabien.

Editor responsable: MANUEL ALLUE

Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustín Peiro.—1862